

EL CAMINO DE RETORNO DE LA VIDA COMUNITARIA A LA MISIÓN

Francisco José Ruiz Pérez, S.J. (ESP)
Provincial de España

I. Introducción

La Compañía de Jesús está especialmente preocupada por convencer del lugar significativo que tiene la vida comunitaria¹ en nuestro modo de ser y proceder. Ésa ha sido mi sensación desde que soy jesuita no sólo durante, sino también después de la formación. Sabemos hasta dónde ha llegado ese empeño por subrayar la Comunidad: hoy es convicción compartida que la vida comunitaria ha de estar enclavada en el núcleo mismo de nuestra misión. La Comunidad no es accidental para el jesuita, tampoco para la vida apostólica que éste tiene entre manos. No está ahí por ventajas funcionales para la misión, partiendo de la premisa de que *la Comunidad no es misión en sí* y de que, en todo caso, *es útil* para realizarla. Al contrario: la Compañía insiste en que los jesuitas nos hemos de convencer de que la vida comunitaria es noticia para este mundo y pertenece con todo derecho a la novedad que quiere comunicar la vida religiosa activa.

No es certeza únicamente nuestra. La vida consagrada, en general, está redescubriendo el potencial que para la misión representa el *nosotros* comunitario. Se trabaja la identidad del religioso, además de como vocación, también como *convocación*. Así se está recuperando poco a poco un icono fundamental de las narraciones evangélicas: el de *Jesús con sus discípulos*, como aquella primera imagen pública con la

que el Maestro deseó exteriorizar la realidad que Dios quería instaurar.

Es necesario reconocer que en nosotros anida la tentación de pensar que hay *tanta más misión cuanto menos Comunidad*. Es tentación que se nos ha convertido, temporal o permanentemente, en hábito. Muchas razones se han juntado para justificar que nuestras vidas apostólica y comunitaria se relacionen inversamente. Nos sigue siendo fácil el recurso a que san Ignacio rechazó el *coro* y a encontrar en ello la razón fundamentada de nuestros déficits de vida comunitaria. Sin embargo, la Compañía no ceja en invitarnos a acoger afectivamente mejor el principio opuesto: *cuanta más Comunidad, tanta más misión*. Eso sí: entendiéndolo que ese *más Comunidad* no

la Compañía insiste en que los jesuitas nos hemos de convencer de que la vida comunitaria es noticia para este mundo

se extralimite y se convierta en un comunitarismo extraño al carisma, que pusiera en cuestión la intensidad y el volumen de dedicación apostólica del jesuita. O con otras palabras: se nos incita a evitar que la vida comunitaria entre en relación excluyente con la vida apostólica. Considerarlas como rivales sería un mal enfoque, que distorsionaría el cuadro final de nuestra vida religiosa activa.

Visto todo así, me parece que en la Compañía nos hallamos ante *un cierto camino de retorno de la Comunidad hacia el núcleo de la misión*. Ofrezco a continuación algunas consideraciones que intentan expresar incidencias, aprendizajes y preguntas aún por resolver en ese camino. No componen ninguna teoría, ni pretenden ser el resumen de la doctrina reciente que la Compañía ha elaborado sobre vida comunitaria. Sólo son apuntes sacados de la praxis de gobierno. Ojalá que sirvan de ayuda a quien los lea.

II. Un triple punto de partida

Esa vuelta de la Comunidad a la misión no es un viaje de regreso hacia un pretendido paraíso perdido, del que nunca hubiéramos debido salir. Entiendo que en la Compañía se quiere ganar terreno para la vida comunitaria *a partir de* tres procesos irreversibles:

a) No sé si sería adecuado extrapolar lo que sucede en mi Provincia a otras de contextos distintos al nuestro. Pero quizás, en algunos casos, sí serían

EL CAMINO DE RETORNO

reconocibles síntomas semejantes. Me refiero al modo como, a lo largo de los últimos años, nos vemos conminados a configurar las Comunidades. La tendencia parece nítida: disminuyen las Comunidades constituidas por una mayoría de jesuitas implicados en la misma actividad apostólica, mientras que proliferan *las Comunidades plurales en su misión*. Las forman jesuitas de muy diferente proyección apostólica, sin una dedicación exclusiva a una obra, independientemente de que tales Comunidades mantengan con ella cercanía física o relación jurídica. El efecto de esta tendencia para el futuro próximo es que *la vida comunitaria y la vida apostólica normalmente no podrán relacionarse más entre sí según el esquema “una Comunidad - una misión”*.

b) Sinceramente creo que tampoco son cuestionables para la Compañía actual el alto grado de organización que se aplica hoy a la misión y su consecuencia para la Comunidad. La misión es cada vez más compleja en sus procesos de gestación, realización y gestión continuada. Exige la creación de sectores apostólicos, la incorporación masiva del laicado, la profesionalización competente y el atrevimiento a asumir esquemas organizacionales distintos a los usados tradicionalmente. En ese marco, la Comunidad ocupa un lugar de significación relativa entre las instancias de planificación y decisión de la actividad apostólica. Piénsese en la sofisticación a la que están sometidas misiones como la educativa, tanto colegial como universitaria. Lo mismo se podría decir del apostolado social o del intelectual. La complejidad propia de los retos que afrontan exige espacios de discernimiento apostólico muy cualificados. La Comunidad local del jesuita implicado en tales misiones sólo le puede ofrecer muy parcialmente un apoyo a ese discernimiento. *El hecho es que formamos Comunidades con jesuitas enviados a misiones, cuyos lugares naturales de discernimiento y experiencia se encuentran fuera de la Comunidad a la que pertenecen.*

c) Al mismo tiempo, *están apareciendo espacios comunitarios de formato nuevo, que se responsabilizan directa o indirectamente de la misión* –equipos, grupos de trabajo, comisiones, patronatos–. Son foros no siempre estrictamente funcionales, cuyo cometido se limite sólo al que estipulan sus correspondientes estatutos. A esos foros se vierten relaciones personales, discernimientos espirituales y procesos de decisión pasados por la convivencia intensa. Se produce así una cierta experiencia comunitaria apostólica, sin paralelo en la Comunidad local. Las nuevas tecnologías de información y comunicación, un campo absolutamente familiar para cada vez más jesuitas y laicos, están

favoreciendo que esos espacios comunitarios adquieran intensidad y, sobre todo, facilidad para que tengan lugar más habitualmente en la vida cotidiana.

Asumidos estos tres procesos, sin negar ahora sus bondades, hay que reconocer que pueden crear un escenario difícil para la Comunidad. Si no se reacciona a tiempo, es posible que la vida comunitaria pierda influencia sobre la vida apostólica y quede atrapada en una especie de intranscendencia para lo realmente decisivo, la misión. O formulado al revés: es muy probable que la vida apostólica acabe siendo sólo orada y vivida por quien la lleva adelante, y que así se autonomice y sea arrastrada al ámbito de lo privado. El cuadro resultante no dejaría de provocar extrañeza: *podríamos convertirnos en apóstoles sin Comunidad.*

III. Vías de retorno de la Comunidad hacia la misión

Para neutralizar ese efecto potencialmente negativo, el gobierno de la Compañía ha reivindicado vida comunitaria para el jesuita y lo ha hecho lógicamente donde y como es posible. Conocemos consignas en esa dirección. Se ha animado a que las Comunidades asuman más protagónicamente la misión, por ejemplo, favoreciendo un mayor intercambio comunitario sobre las misiones realizadas individualmente. Se ha insistido en la dimensión apostólica que es inherente al liderazgo del Superior local. Se ha pedido que los jesuitas tengamos más atrevimiento a la deliberación apostólica en común. Hasta la saciedad se nos ha advertido de las trampas mortales que confunden ser y hacer en la vida religiosa activa...

Pero todo ello pasa por un previo, al que siempre se apela para apoyar con cierto fundamento cualquier iniciativa de recuperación de la Comunidad: *nuestra valoración positiva de la vida comunitaria en lo que tiene de potencialidad apostólica*, incluso dentro del margen restringido que la Compañía hoy impone a la Comunidad local al aceptar los procesos reseñados en el apartado anterior. ¿Es realmente así? Para responder, hemos de sincerarnos mucho: para mi misión, ¿qué suponen mis compañeros, éstos que protagonizan diariamente la realidad de mi Comunidad de vida, cada uno en diferentes momentos de Compañía, involucrados en acciones apostólicas distintas?, ¿qué me aportan en sustancia, sin lo cual mi vida apostólica se encontraría mermada? Hay que reconocerlo: la

*somos más apóstoles
precisamente gracias
a mi Comunidad, y
no a pesar de ella*

respuesta no nos sale siempre fluidamente. Tropieza con resistencias dentro y fuera del jesuita.

Sugiero tres vías, sacadas de la experiencia de gobierno, por las que *en algún modo* se puede avanzar en el proceso de aceptar que *somos más apóstoles precisamente gracias a mi Comunidad*, y no a pesar de ella.

III.1. La reapropiación comunitaria de nuestra misión

La invitación de la Compañía a cuidar de la Comunidad guarda dentro de sí una intención más que loable: se quiere que los jesuitas hagamos examen de nuestra manera personal de *apropiamos* la misión recibida. Hemos de recuperar visión espiritual sobre nuestra praxis apostólica, cualquiera que sea su forma –ministerio concreto, obra apostólica, servicio interno a la Comunidad. Esa visión espiritual debe redundar en que nos clarifiquemos mejor no tanto sobre el *qué* de nuestra misión, sino sobre el *desde dónde* y el *porqué* de ella.

El celo apostólico no nos inmuniza de dinámicas personales o institucionales de autocentramiento. Puede ser muy *indiscreto*. Uno de los problemas que padecemos los jesuitas, en estos tiempos de necesidad de religiosos y de escasa significación social de la vida religiosa activa, es que no

*la vida comunitaria, y sólo
ella, abre espacios a
dimensiones de vida religiosa*

discernimos nuestra misión con el rigor espiritual que debiéramos. Nos desborda la urgencia y es ella quien dicta nuestras opciones. Por si fuera poco, la vida apostólica sin medida espiritual nos hace entrar en ambivalencia: nos embute en visiones unilaterales de la misión de

la Compañía, tiende a absolutizar la acción, nos individualiza en exceso y, a la postre, nos aleja de lo común.

En muchos casos, la Comunidad ayuda a reconducir esa *apropiación indebida* de la misión. La vida comunitaria, y sólo ella, abre espacios a dimensiones de vida religiosa para las que no hay oportunidad, ni tiempo, ni contexto en el ritmo apresurado e inmediateista en que se desenvuelve la vida apostólica. He aquí tres aportes:

La Comunidad recuerda a sus miembros que han de cuidar su camino personal de fe en el fragor de la vida apostólica; después de todo,

resulta que el jesuita es un creyente más, que se interna a tientas en el misterio de Dios a lo largo de su vida. El anuncio de la Palabra no preserva al mensajero de su asimilación del mensaje. La vida comunitaria, por eso, será esa instancia terca, desde la que se escuchará la llamada a defender momentos de contemplación en la vida cotidiana. Representa igualmente esa instancia que oportuna o inoportunamente, en ocasiones en confrontación directa con las agendas llenas de citas apostólicas, convoca al jesuita a espacios en los que se atreva a compartir su propia experiencia de fe.

La Comunidad ayuda a sus miembros a relativizar la premura e importancia de sus quehaceres apostólicos. A través de sus compañeros cotidianos, el jesuita convive con *otros* proyectos y, por esa misma razón, con *otras* premuras e importancias. Las misiones diversas de mis compañeros de Comunidad ilustran localmente que la acción transformadora de Dios en la historia es *mucho mayor* que el segmento particular que constituye nuestra personal contribución a ella. Nuestra Comunidad nos viene a recordar que, afortunadamente, el Evangelio es cuestión de muchos; no sólo mía.

Quienes nos conocen mejor a través de la convivencia diaria acaban descubriendo que ni nuestras virtudes lo son tanto, ni nuestras palabras están avaladas siempre por la coherencia, ni nuestras capacidades merecen el aplauso unánime, ni nuestras exigencias hacia fuera se corresponden con nuestros compromisos cotidianos hacia dentro. El reflejo que sobre nosotros y los demás devuelve la Comunidad, por un lado, nos obliga a reconocer que *la misión también está realizada desde la limitación, la fragilidad y la necesidad.* Y, por otro, el claroscuro con el que se desarrolla la convivencia del día a día en nuestra mismísima casa, sin ir más lejos, proporciona *una buena dosis de realidad* a quienes invitamos a otros a construir el Reino en sus propias casas, también sin ir más lejos.

III.2. El potencial comunitario para enriquecer la misión

Es habitual que nuestros compañeros concretos, éstos que en la Comunidad se embargan en misiones distintas a la mía, no estén al corriente de lo que nos sucede en nuestra vida apostólica. En parte, creemos que, al fin y al cabo, todos tienen ya excesivo trabajo como para que les robemos tiempo con temas que no son de su incumbencia directa. En parte también, juzgamos que, de hecho, no pueden aportar nada de peso a mi acción apostólica. De ahí que

EL CAMINO DE RETORNO

desconfiemos de lo que pueda reportar el diálogo con nuestros compañeros sobre la misión realizada. Tememos injerencias inoportunas, incomprensiones de fondo o desintereses manifiestos. El resultado es que, en el día a día, se produce una especie de cortocircuito comunicativo sobre la misión. Callamos las incidencias de nuestra vida apostólica y la Comunidad se vuelve extrañamente silenciosa.

A escala de Provincia, ese cortocircuito tiene también su versión. Me refiero a algunas consecuencias que trae consigo la *sectorialización* que aplicamos a la misión. La creación de sectores apostólicos para organizar el conjunto de las actividades apostólicas de una Provincia ha demostrado su eficacia sobradamente. Los tiempos que corren exigen un esquema organizativo así, como se indicaba más arriba. Sin embargo, también es cierto que la sectorialización puede distorsionar la misión que se lleva adelante por la excesiva profesionalización que provoca y por los corporativismos que puede suscitar. Los peligros son reales: se pierden oportunidades para dar curso a iniciativas complementarias entre sí, se suscita una imagen pública incongruente de la Compañía ante la sociedad en la que se encarna, aparece la competencia por los mismos destinatarios... La invitación a potenciar la *intersectorialidad* y la relación de las obras de los diferentes sectores apostólicos con la Comunidad local tienen el empeño de recuperar la dimensión comunitaria perdida, pero para bien de la misión que cada sector desempeña.

¿Puede traerse un llamamiento así a la escala sencilla de la Comunidad? ¿Llegaríamos a aceptar que, gracias a mis compañeros concretos, se enriquece realmente mi misión y se hace más incisiva en el campo específico donde se desenvuelve, *precisamente porque mi vida apostólica es conocida y compartida*? La vida comunitaria, y no otros ámbitos, puede cultivar actitudes que posibilitan ese enriquecimiento. Sólo quisiera destacar una: *la Comunidad ayuda a sensibilizar nuestra vida apostólica para con problemáticas, contextos y personas no directamente tratados por nuestra misión, pero iluminadores sobre aspectos que sí pueden fortalecer su alcance*.

Los jesuitas conocemos *mundo* por la misma misión que desempeñamos. No solemos permitirnos protegernos excesivamente de lo que sucede hoy en día, sino que nuestra espontaneidad primera es *saber qué sucede*. Construimos Comunidades en la que conviven compañeros dedicados a misiones que van desde la universidad a la sacristía, desde la capilla de un barrio marginal a la espiritualidad. La realidad, con sus encrucijadas, viene abundante a nosotros. Ese contacto con la realidad, promovido por nuestro

modo de proceder apostólico, lo volcamos en la vida comunitaria –a veces, formalmente; a veces, informalmente–, de modo que, a través de su Comunidad, llegan al jesuita diferentes impactos de realidad. Y con esos impactos vienen también preguntas, esas preguntas esenciales que necesita la vida apostólica para saber qué decir y qué hacer, si realmente pretendemos que sea eficaz *ayuda a las ánimas*. El ángulo de la realidad que cada uno conoce por su vida apostólica arroja datos que matizan, complementan y corrigen los que acopiamos en nuestra parcela apostólica.

Expresado de otro modo: *en Comunidad* se aprende que hoy los problemas no pueden recibir soluciones parciales, sino

que se manifiestan en planos muy diferentes. En la Compañía vivimos lo que la sociedad está experimentando cuando se quiere plantar ante los desafíos que amenazan a la humanidad. El mundo y sus partos históricos se nos están manifestando de una forma que sinceramente nos deja atónitos. Ya es imposible elevar una tapia aislante que separe nuestras parcelas privadas –sean personales, sean institucionales, sean políticas– del ruido de conflictos y fracturas que se están produciendo en otros ámbitos. De ese modo, los problemas no se pueden atomizar ni aislar. Tampoco las soluciones. La consecuencia es inmediata: nuestra misión no puede ser *simple*, está llamada a una mayor profundización en sus propuestas. Y a ello nos pueden ayudar precisamente nuestros compañeros de Comunidad...

el ángulo de la realidad que cada uno conoce por su vida apostólica arroja datos que matizan, complementan y corrigen los que acopiamos en nuestra parcela apostólica

III. 3. Un nuevo modo de valorar la vida en común

He visto hacer a muchos jesuitas una visión panorámica de cómo fue cuajando su vida apostólica desde que se incorporaron a la Compañía. Cada uno con sus matices, llegaban siempre a la misma conclusión: su misión no había sido una actividad propia, apoyada en su iniciativa y su celo particular; más bien, su misión era esencialmente *de la Compañía*. Y para confirmar ese genitivo fundamental, se suelen narrar dos experiencias:

EL CAMINO DE RETORNO

Una de ellas tiene que ver con los *espacios comunitarios* por los que se ha ido pasando a lo largo de los años. Los jesuitas internalizamos la Compañía en nuestra biografía a través de Comunidades concretas, en una cadena cuyos eslabones son compañeros singulares que hicieron con nosotros vida en común. Esas Comunidades también fueron factores de discernimiento de vida apostólica. Muchos jesuitas admiten que su misión tomó forma gracias justamente al apoyo humano y a la ayuda al discernimiento que supusieron esos momentos comunitarios. Su impresión es que su vida apostólica fue tutelada por quienes tenían la responsabilidad de acompañarlos y la función de sancionar su discernimiento. De alguna manera, *su misión fue descubrimiento corporativo*.

Al mismo tiempo, en esa visión panorámica de su biografía en la Compañía, muchos jesuitas se detienen en otra experiencia crucial, repetida más de una vez. Narran aquellas ocasiones en que su vida apostólica tuvo que estar dispuesta a recibir planteamientos nuevos, es decir, su particular asimilación de la indiferencia apostólica. La Compañía vino a ellos para proponer una actividad apostólica distinta, a la vista de la misión que *se debía realizar conjuntamente como Cuerpo*. Cobraron así la conciencia de que su vida apostólica no podía justificarse por sí misma, ni se podía desligar de un sujeto que era mayor que ellos.

Seguro que ambas experiencias adquieren matices propios en nuestro andar personal como jesuitas. Pero, en general, la mayoría de nosotros admitiría que la misión en la que estamos empeñados no se originó con una decisión nacida de nuestra cosecha. Más bien, esa misión es el decantado de un montón de opciones anteriores a nuestra participación en ella. Lo que hacemos apostólicamente debe retrotraerse a un nosotros que *estuvo* en el primer impulso de esa misión...

*lo que hacemos
apostólicamente debe
retrotraerse a un nosotros
que estuvo en el primer
impulso de esa misión...*

...Que estuvo y que *está*. Porque igualmente tendríamos que admitir que nuestra acción apostólica perdura en el tiempo sólo porque *está* detrás la Compañía. Ninguna misión concreta se sostiene por sí misma. La estructura de gobierno de una Provincia, con todos sus órganos, está pensada para que las iniciativas individuales de un actor apostólico se sumen a un movimiento coordinado de misión con los otros

actores apostólicos de la Provincia. Lo comunitario se convierte así en condición de posibilidad de lo apostólico.

Esa condición de posibilidad, en su proporción, se verifica en la Comunidad local que está detrás del jesuita. Posiblemente el reto que tenemos entre manos es que esa convicción sea un poco más palpable y no suene a puro principio. Es esencial que practiquemos el ejercicio de memoria de nuestra identidad como lo proponíamos al inicio de este apartado. Hace crecer en nosotros el sentido de pertenencia. Y ciertamente ayuda a valorar de un modo nuevo el peso específico que ha tenido siempre la Comunidad local en nuestra vida apostólica... para así reconocer en la actual que vivimos un potencial, al menos, en esa misma línea.

La Comunidad tiene algo de *envío* cotidiano, incluso aunque esté formada por jesuitas dedicados a misiones distintas: mis compañeros son testigos presenciales de *cómo nos afecta* la misión que realizamos, asumen responsabilidad en *sostenemos* en esa misión y pueden aportar *claves* sobre cómo deberíamos realizarla. Al final, nuestra manera de llevar adelante la vida apostólica está muy influenciada por el entronque de la Comunidad en nosotros. Para la misión no da igual cualquier momento comunitario. *Mutatis mutandis*, para la misión de una Provincia es decisiva la efectiva *unión de ánimos* que circule en ella. Resulta entonces que la Comunidad está *en* el jesuita que realiza la misión, no fuera de él.

IV. Conclusión

¿Apóstoles sin Comunidad? Sinceramente, pienso que no es posible, aun cuando sí sea real que cedemos fácilmente a trabajar como apóstoles de una Comunidad local a la que le restamos presencia en nuestra misión.

La experiencia confirma que la aproximación de la vida comunitaria a la apostólica puede ser mayor de lo que creemos. Rescatada de su exilio, el retorno de la Comunidad a la misión puede ser un don para el jesuita y para su vida apostólica. Se cumpliría así aquella paradoja, esencial a nuestra vocación, de que vivimos en la pertenencia nos vivifica para la donación.

*rescatada de su exilio, el
retorno de la Comunidad a
la misión puede ser un don
para el jesuita y para su
vida apostólica*

EL CAMINO DE RETORNO

¹ Por centrar la cuestión, a partir de ahora, cuanto se indique sobre *vida comunitaria* se refiere al nivel estrictamente *local* de nuestra vida en común: a ese marco concreto de compañeros que para el jesuita constituye su contexto cotidiano de vida religiosa. Se dejan a un lado otros niveles, como el provincial o el internacional, en los que también esa vida religiosa se hace realidad. Además, por *misión* se entiende la acción apostólica específica que ejecuta el jesuita y que sucintamente se describe en nuestros catálogos de Provincia.